



BOLETÍN DEL CLERO
DEL
OBISPADO DE LEÓN.

SECRETARÍA DE CÁMARA Y GOBIERNO DEL OBISPADO DE LEÓN.

Su Sría. Ilma. el Obispo mi Señor ha tenido á bien nombrar Secretario de Cámara y Gobierno de la Diócesis al Sr. Dr. D. José Fernández Bendicho.

León 28 de Setiembre de 1886.—Juan Balanzategui, Pro-Secretario.

Su Sría. Ilma. el Obispo mi Señor se ha servido nombrar Vice-Secretario de Camara y Gobierno de la Diócesis á D. Juan Balanzategui y Olarte, Canónigo de la Real Colegiata de S. Isidoro de esta Ciudad: Administrador de Cruzada al Lic. D. Domingo Argüeso: y Director del BOLETÍN ECLESIAÍSTICO diocesano al Doctor D. Marcos Marcelino del Rivero, Canónigo Penitenciario de la Santa Iglesia Catedral.

León 29 de Setiembre de 1886.—Dr. José Fernández Bendicho, Secretario.

Asociación de SUFRAGIOS MÚTUOS de Sacerdotes
de esta Diócesis.

El día 15 del corriente falleció D. Angel Cuevas, Párroco de Valverde Enrique; y habiéndose hecho constar que estaba inscrito en la Asociación, y por certificado del Sr. Arcipreste del Partido que había aplicado las Misas por los Socios difuntos, todos los Congregados celebrarán por él una Misa, según Reglamento.

EL R. P. FRANCISCO CABRERA.

(CONTINUACIÓN.)

VI

Decía cierto apasionado del P. Cabrera:

—Acaso será en mi personal disposición, pero después de haber viajado y haber oído *predicar* á oradores que gozan hoy fama universal, digo que *habla* mejor el P. Cabrera, porque interesa y encanta más.

Efectivamente, no había medio de distraerse mientras él hablaba. Aquel anciano de apostura grave, dulce y noble, empezaba por conquistarse todas las simpatías, y á las pocas palabras, ya era dueño de las emociones del auditorio. Pintaba un día con espantosos colores el juicio universal, y de pronto exclamaba levantando la voz: «Y entonces ¿qué será de mí? ¡Ay Dios mio! ¿Qué direis vosotros cuando veais á este viejecito que os está ahora predicando, enviado por el juez de la tremenda majestad á la izquierda con los malditos!!» Mil sollozos le interrumpían, y los oyentes acongojados parecían decirse: «Si este Santo todavía teme, ¿qué deberemos hacer nosotros?»

A veces sacaba fuerza de flaqueza para ablandar algunos auditorios frios, como le sucedió teniendo por compañero al P. Olmo, en León, donde al final de cierto sermón tomó el Santo Cristo, y con un movimiento patético y arrebatador, conmovió á la concurrencia y acabó por triunfar de los más obstinados.

En los catecismos, que sufren más el tono familiar, era de ordinario donde subyugaba á su auditorio, sazonándole el discurso, ora con graciosas aplicaciones y agudos comentarios ora con ejemplos interesantísimos contados con una magia enteramente suya.

Así, hablando un día de las suegras y nueras, exclamaba: «Dicen que una mujer, á veces no basta para una casa, y que dos sobran, particularmente si una es nuera y otra suegra... No falta más sino que una niña que no sabe dónde tiene la mano derecha, apenas pone los pies en casa del marido quiera mandar más que la otra de más edad y experiencia... ¡Ay padre! me parece que dicen algunas; nunca ha hablado V. tan bien como hoy. ¡Lastima que no haya venido mi nuera. ¡Si? Pues tambien á vosotras os diré algo. Tambien entre las suegras hay algunas tan impertinentes que es menester la paciencia de Job para sufrirlas.»

Tratando en otra plática del amor que se deben los casados, se interrumpía diciendo: «Se conoce Padre, me dirán, que V. no sabe qué cosa es vivir con una mujer de mal génio: —¿Y por qué no os informasteis del génio que tenia ántes de casarse? «Padre, entónces no se pensaba en eso.» Lo creo, pero digo tambien que si la hubierais visitado honestamente mejor la hubierais conocido.»

Entre otros ejemplos sabrosísimamente contados, figuraba el del avaro tratante en lana. Probaba el Padre en su sermón, que se muere como se vive, y presentaba al sórdido mercader dominado á última hora por la codicia, y á cada propuesta de confesión, y luego, á cada exhortación del Sacerdote, respondiendo invariablemente: «¿A cómo va la lana?» «¿Que á como va la lana!» Y el auditorio cuya hilaridad era prenda del gusto con que oía el caso, acababa consternándose al saber que desvariando ó en sano juicio, el desdichado tratante moría sin confesión.

Reprendiendo el robo, decia: «Leí que quitándole á una las hortalizas de su jardin, ¿qué hacía? entraba ocultamente en la bodega de un vecino suyo que pensaba ser el ladrón, y bebiéndose un vaso lleno, decia: «vaya este por las coles,» se empinaba despues otro diciendo: «este por los rábanos;» y otro por las peras; y al fin, salía repitiendo: «roba, roba, que la cuba paga.»

Y en fin, de un ladrón contaba para encarecer cuán difícil se hace restituir lo ya robado, que se confesó de haber hurtado no sé cuantas onzas de oro. Dícele el confesor: ¿Las has restituido?—No Padre.—¿Y por qué? ¿Acaso no las tienes?—Si, Padre, las tengo, pero no me atrevo á dárselas á su dueño.—Pues yo se las daré. Ve y tráemelas.

«Va en efecto y vuelve con ellas.—Ea, dice el Padre ¿las has traído? Pues dámelas... «¡Ay! dice el penitente, métame V. la mano en el bolsillo y tómelas, pues no tengo fuerza para dárselas.»

En cuanto al tono y la sal con que el P. Cabrera hacía estos diálogos, es más fácil figurárselo que describirlo.

Así imprimía en los corazones la doctrina que se proponía, pues el ejemplo era en sus discursos como la aguja, cuyo oficio es hacer pasar el hilo.

VII

Si á su arte de interesar, añadimos aquel paternal afecto y aquella miel con que trataba á todos, principalmente á los pobres y desgraciados, tendremos una explicación de su influencia y popularidad.

En los últimos tiempos, cuando su salud decaía, sucedióle más de una vez en Galicia, empezar la plática ponderando los achaques que le abrumaban y el amor á las pobrecitas almas que por aquel día se los habia hecho olvidar. Era tan dulce y cariñoso su tono, que en cierta ocasión, siguiente al día de uno de estos afectuosos desahogos, una buena mujer del pueblo de las que se hallaban debajo del púlpito, con sencillez y candor inauditos, aprovechó un momento de pausa é interrumpió con estas palabras la plática apenas comenzada: P. Cabrera ¿está usted ya mejor?—Si, hija mia, si;—contestó el Padre desde la Cátedra del Espíritu Santo un tanto sonrojado de la interrupción; gracias, ya estoy mejor. Y siguió la plática.

En cierta misión en que le acompañaba el P. Arcaya (á quien debemos este y otros episodios), llegó á cierto lugar donde el más rico de todos los vecinos vivia medianamente. El P. Cabrera, que no lo ignoraba, se habia provisto de una visita para él. Al ir á cumplirla, llama varias veces y no le contestan hasta que finalmente sale la criada declarando que su amo se ha ido poco ménos que á escape por la huerta, exclamando: —«Yo no quiero hablar con el P. Cabrera, porque si le hablo no puedo ménos de confesarme. Y la verdad es, que al fin, acabó por confesarse y por hacer público cómo se habia descolgado por las tapias de la huerta al escuchar la voz de aquel irresistible cazador de almas.

Apenas habia en Galicia quien no conociese al P. Cabrera. Y porque casi todos le saludaban no faltaron algunas veces chuscos ó envidiosos que le probasen la paciencia. Yendo por las calles de Santiago á cierta diligencia, salió á interpellarle un herrero republicano y le dijo: ¡Usted siempre con los ricos, y como Dios, tampoco se acuerda V. de los pobres!...—Calla blasfemo, repuso el padre y mira la limosna que llevo para un pobre más cristiano que tú. Y enseñóle una cantidad que llevaba á una familia desgraciada, con lo que el herrero quedó confundido.

Otro zapatero quiso sin duda burlarse de la fama de santidad del Padre, en el mismo Santiago. Al efecto, llamóle á sazón que iba á comer con alguna prisa, porque era ya cerca de la hora. El Padre se excusó. Replicó el artesano que era para una urgencia. Nueva disculpa del Padre. El zapatero entónces insistió observando que así se portaba con los pobres y que otra cosa sería si le llamase un rico. Reconvínole el P. Cabrera por su ligereza en juzgar, y le declaró que si hacia distinción entre ricos y pobres, era en favor de los segundos. El zapatero, descubriéndose al fin, le dijo riendo que para nada le llamaba, y que habia querido probar si era tan santo como decian, «pero ahora veo, concluyó, que no lo es usted, porque se ha enfadado».

Y no tenia razon, pues la mansedumbre del Padre rayaba en heróica. Baste decir que en cierta misión en que le acompañaban los PP. Arcaya y Mach, fué tanta la aglomeración de penitentes, que estos dos Padres hubieron de manifestar cierto teson para imponer órden. En quanto al P. Cabrera callaba y sufría, y á tal punto llegó el empeño y oleage de los que le asediaban, que el confesonario vino á tierra, rodando con él juntamente el P. Cabrera con la confusión y magullamiento que se adivinan (1).

Un señor relator que oyó en Asturias una de sus doctrinas decia: «El P. Cabrera no sólo habla para el pueblo, sino que al mismo tiempo lo hace para la más alta sociedad como si siempre hubiera vivido en ella. Otro profesor de la Universidad de Santiago le quedó muy aficionado y no se cansaba de encarecer su estilo apostólico y familiar de tan gran eficacia.

Finalmente, un alto funcionario que se hallaba en Vigo á sazón de una fructuosísima misión del Padre, exclamó: «Si el P. Cabrera nos manda á todos los que estábamos en el Campo

(1) Interminables nos haríamos si hubiésemos de referir los muchos episodios graciosos ó conmovedores de las misiones del P. Cabrera. Como *muestra* indicaremos algunos pocos de los más conocidos. Un día observó que en el auditorio habia varios sujetos medianos, y de propósito citó el dicho que alegaban muchas mujeres de que no podian traer á sus maridos á confesarse por más que hacian. Y el Padre, con una calma y una buena sombra inexplicables, las decia llanamente «pues entónces dejadlos, dejadlos... que para ir á los infiernos no necesitan confesarse.»

Su paciencia era grande cuando el auditorio era numeroso y lloraban los niños: las madres no se querian privar de oír al P. Cabrera, y por otra parte, les era casi imposible salir. Una vez rogó el Padre á la madre del niño una y otra vez que saliese, mas no pudo ó no hizo caso. Entónces el P. Cabrera, se dirige al auditorio y exclama: «Vamos á rezar un Ave María para que calle ese niño. Y el pueblo la reza y el niño calla. Otra vez que en un sermón de pasión, no podía hacer callar al auditorio que lloraba á lágrima viva, dijo: «Cantemos una Salve á la Virgen Santísima.» Y el auditorio se apaciguó.

de Grana, (y había unos diez mil,) «ea, todos á gatas hasta la Iglesia,» todos le obedecemos.»

VIII

Aunque unido por los lazos de la sangre á las familias más nobles de España, y debiendo echar de ménos por su nacimiento y educación cierta comodidad, el P. Cabrera edificaba aún á los religiosos por su singular amor á la pobreza. Rara vez probaba el vino y más rara vez el principio, con pretexto de que las verduras le probaban mejor; y en las misiones comía la borona de las montañas, el *pote* (1) y los *grellos* (2) de Galicia, y se sometía á indecibles privaciones y molestias con admiración de sus mismos compañeros que más de una vez cayeron enfermos de aquel austero trato (3).

Buscaba siempre el último lugar, huía de las honras y aplausos, jamás hablaba de su linaje, y se tenía por incapaz é inhábil. Como el Cardenal Cuesta que le amaba mucho, le hubiese trasmitido todas sus licencias propias, luégo por oírle, le echaba en cara, que gracias al P. Cabrera, en Galicia le era más fácil á un bribón legitimar un mal casamiento, que á un hombre de bien hacer uno bueno. El Padre se afligía entonces y se dolía de que á un hombre *tan imprudente* como él, confiase su Eminencia cargas tan delicadas.

Cuando la gente llana se acercaba á besarle la mano, tendíala sin resistencia; pero cuando las señoras intentaban hacer lo mismo, retirábala tenazmente, y para que no se marcháran descontentas, dábala á besar la medalla del rosario diciendo: «Bese V. esta medallita que me regaló una señora muy santa.» (La Archiduquesa doña Beatriz).

Pero pasando por alto otras virtudes muy simpáticas, fijé-

(1) Comida equivalente en Galicia y Asturias á la olla de Castilla.

(2) Hojas del nabo cocidas á modo de berzas.

(3) Ya que pasemos en silencio por justos respetos los encomios y alabanzas que todavía repiten de él los Padres que viven y que más le acompañaron séanos siquiera permitido citar en prueba de lo mucho que se hacía querer, el testimonio de otro apóstol insigne que la provincia de Aragón acaba de perder, del P. José Mach, cuyas obras andan en manos de todos. Decía así el P. Mach, al P. Cabrera, en la última carta que le dirigió el año pasado: «Si me fuí de Galicia con sentimiento, fué cierto, por separarme de su amable compañía. ¡Con qué gusto recuerdo aún las misiones de Redondela, de Padrón, de San Agustín, de la Coruña, de Betanzos, etc. etc.! ¡Cuanto prodigio vi obrado allí por el Señor y cuanto prodigio en la persona de V. mismo! Hasta ahora no he encontrado ni pueblo más dócil, ni misiones más fecundas, ni compañeros más campechanos, ni provincia más querida, ni cabildo más repetuoso y más fino y atento, ni campo más agradecido que aquel. ¡Razón y muy sobrada razón tenía V. de elogiar tanto *su Galicia!*»

monos en la que tanto nos importa, es á saber, en su amor al Sagrado Corazón de Jesús.

Hay en el precioso y utilísimo librito *Guía práctica del Estudiante*, que publicó en León en 1866, un bonito capítulo sobre el Sagrado Corazón, que de buena gana reproduciríamos por las enseñanzas, consejos y ejemplos que contiene. En él confiesa el P. Cabrera que al escribirle cumple un voto que hizo siendo novicio de la Compañía de propagar la devoción al Corazón de Jesús. Y dicho se está si en sus excursiones apostólicas aprovechó cuantas ocasiones pudo para establecer por todas partes el Apostolado y la Congregación del Sagrado Corazón.

Por lo demás, en su predicación, en los ministerios, en las conversaciones y hasta en las cartas, asoma constantemente su amor al Corazón Divino.

Y por cierto que llamará la atención, como nos la ha llamado á nosotros, el hecho tan curioso como edificante de que después de veintiseis años de separación, su correspondencia versase sobre nuestra querida devoción.

Con esta adoración corría parejas su tiernísimo afecto á la Virgen Santísima, á quien constantemente invocaba y acudía con la confianza de hijo. Sentía predilección particular por Nuestra Señora de Lourdes, ante cuya imagen exhaló el último aliento.

Más ya que de sus buenas cualidades hablamos, no hemos de cerrar el párrafo sin honrar como se merece una que en él sorprendía tanto á los amigos como á los adversarios. Y era su amor decidido á la verdad y su intransigencia con el error no ménos firme, que por maravilloso modo sabía hermanar con aquella urbana suavidad que á todos atraía y subyugaba.

(Se continuará.)

CRÓNICA PIADOSA.

La V. O. T. de S. Francisco, que tan celosa se ha mostrado siempre por las glorias de su insigne fundador, celebró el domingo pasado con toda solemnidad el recuerdo del célebre prodigio de la Impresión de las llagas al Serafin de Asís.

A las diez de la mañana se cantó la Misa solemne con exposición del Santísimo Sacramento, predicando en ella D. Juan Sánchez, Canónigo de S. Isidoro.

Las Hijas de la Caridad del Hospicio consagraron también solemnes cultos al glorioso S. Vicente de Paul el lunes 27.

Un grande y hermoso pabellón cubría el ábside de la capilla y en su fondo se elevaba el altar adornado con exquisito gusto y hermo­seado con una preciosa escultura del Santo.

Contribuyó á dar más esplendor á la función el panegírico del ilustre patrono de las instituciones de Caridad, que hizo el R. P. Marroquín, misionero de Congregación de S. Vicente de Paul.

En este mismo día terminó el solemne novenario que en honor de la Madre de Dios se ha celebrado en el Santuario de la Virgen del Camino, y que ha producido tan abundantes frutos de bendición en los sencillos habitantes de los contornos que, en número de mil quinientos han asistido con piadosa asiduidad.

La voz autorizada y elocuente del R. P. Manuel Fernández de la Orden de Sto. Domingo, favorecida con la divina gracia y con la protección de María ha obtenido abundantes frutos.

Nuestro Ilmo. Sr. Obispo quiso completar por sí mismo estos santos ejercicios, dando en ese día la comunión general á centenares de personas llenas de júbilo por recibir al Dios con quien acababan de reconciliarse y recibirle de manos de su ilustre Pastor y amado Padre.

La Virgen Santísima haga que estos frutos de bendición permanezcan hasta la eternidad.

DISPENSAS.

Han llegado de Roma las dispensas matrimoniales de la lista 10.^a, que contiene las emban­cadas hasta el día 3 del corriente.

LIMOSNA para el más augusto de los pobres de Cristo, nuestro amantísimo Padre León XIII.

	Rs	Cs.		
			tín Torío, Párroco de Tapioles.	100
<i>Suma anterior.</i>	9.652	76	El Párroco de Las Bodas y dos feligreses.	40
D. Antonio Martínez.		10		
Procedente de la Testa- mentaría de D. Agus-			Suma.	9.802 76